

El peligro que desde los primeros días amenazara al gobierno de Maximiliano, peligro venido por parte de los Estados Unidos, se presentó más pronto de lo que se creía, y aumentó las preocupaciones que inspiraba á Napoleón III su obra, basada en el pensamiento de acabar con la influencia que la gran República ejercía sobre el Nuevo-Mundo.

Los Estados Unidos habían podido seguir su querrela interior, sin preocuparse mucho de lo que pasaba en México, donde la lentitud que ocasionaron los reveses y la mala política seguida, impedían el establecimiento de un orden de cosas serio y estable; el Imperio se alejaba cada vez más de su consolidación y los republicanos luchaban con creciente energía. Acontecimientos decisivos que ponían fin á los embarazos íntimos de los Estados Unidos, les dejaban en libertad ahora de arrojar sobre México el peso de sus tescos, de sus soldados y de su fuerza moral.

Vencido completamente el Sur, vencidos los dos últimos jefes del ejército separatista, Lee y Johnston, quedaban á disposición del Norte ejércitos victoriosos que el gobierno de Washington podía lanzar á este lado del Río Bravo, y aunque la hábil política del gabinete americano recurría á otros medios menos bárbaros y más seguros para llegar al fin buscado, sin declarar la guerra á Francia, bastaba que fuese posible la movilización sobre México de ejércitos tan numerosos, para preocupar los espíritus y necesitar prevenirse contra cualquiera agresión.

Bazaine, ántes de recibir instrucciones de su gobierno, concentró el grueso de sus tropas en el Norte y estableció dos grandes mandos que confió á los dos generales de División que le acompañaban, Douay y Castagny, el primero en los Departamentos de San Luis Potosí, Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, con su centro en la ciudad de San Luis Potosí, y al segundo le encargó los de Durango, Zacatecas, Sinaloa, Chihuahua y Sonora, situado el centro en Durango. Aun dictó otras medidas de precaución: mandó un batallón de la legión extranjera al puerto de Matamoros amenazado por fuerzas del general Negrete.

Temiendo Bazaine que el Presidente Jefferson Davis y algunos generales sudistas vinieran al territorio mexicano, consultó con el ministro de Bélgica lo que convendría hacer, y se le aconsejó que en el caso de que eso aconteciera, usara lujo de neutralidad y declaraciones de respeto á la vecina Nación, concediendo un asilo que no se puede rehusar á los desterrados, é inmediatamente se les haría entregar las armas que los Estados Unidos pudieran reclamar, despues de haber reconocido al Imperio. Podía ser que el Norte continuara la guerra contra Texas, y que tuviese que enviar un ejército que tal vez se concentrara en la márgen izquierda del Río Bravo, entónces, si Davis pasaba á México, era preciso no admitirlo y enviarlo á Europa; pero todo quedó arreglado con la captura del Presidente de los confederados.

Un incidente estuvo á punto de comprometer la situación que el Imperio conservaba frente á los Estados Unidos, y fué el siguiente: uno de los coroneles confederados creyó propicio el momento, en medio del desórden que acompañó á la capitulación de Brownsville, para dar á los juaristas algun material de artillería, seis cañones y dos furgones; pero el general Slaughter, confederado, se opuso á esa protección

é hizo transportar los cañones á la ribera mexicana donde los abandonó; entónces fueron recogidos por el jefe D. Tomás Mejía, que los condujo á Matamoros. Temeroso Bazaine de una complicación con los del Norte, obtuvo de Maximiliano la autorización de ponerlos inmediatamente á disposición del gobierno de Washington, el cual por su parte ya se había dirigido al de Paris, donde fué altamente apreciada la conducta de Bazaine, porque evitó las consecuencias de la sombría susceptibilidad de Mr. Seward. Acababa de ser nombrado para representante de Francia en Washington Mr. Montholon, á quien reemplazó en México Mr. Danó.

Temiendo Maximiliano que los filibusteros auxiliaran á los republicanos, se esforzaba en que el gobierno de los Estados Unidos le reconociera, aunque ya tenía pruebas evidentes de que esto era imposible; en consecuencia, el comisionado Sr. Arroyo se encontró en la difícil posición del que pretende ejecutar obras superiores á sus fuerzas. Además, Maximiliano, para dar aquel paso, no consultó con el Mariscal Bazaine, quien por su parte ya había tomado todas sus disposiciones para rechazar los ataques de los filibusteros; el coronel Jeanningros estaba fortificando á Monterrey y á Cadereyta, para cubrir el territorio con tuerzas respetables en el caso de una irrupción; el general Brincourt vigilaba la parte superior del Bravo y se aprestaba para cualquiera eventualidad. "No hay tiempo que perder, escribía Bazaine, para ponernos por todos lados en disposición de responder á las eventualidades, y pido á Vuestra Majestad excuse mis instancias en atención á los motivos que las dictan."

Los sudistas que pretendían emigrar á México en calidad de ciudadanos, aceptaban las obligaciones que les impusieran las leyes, ofrecían entrar á la frontera sin armas, desbandados, devolviéndoseles las armas para la defensa de sus hogares y rechazar las incursiones de los indios; pero todas las negociaciones relativas fueron suspensas con motivo de la captura del Presidente Jefferson Davis.

Fuera de esa tentativa de sostener al Imperio, hecha por una sección muy reducida del ejército confederado, no podía esperar Maximiliano más que ataques pues en una conferencia que tuvieron en los primeros días de Febrero los plenipotenciarios de los rebeldes con el Presidente Lincoln, se había hablado de reconstruir la Unión, atendiendo al momento favorable que se presentaba para hacer que predominara la doctrina de Monroe, quitando de México la ocupación francesa y del Canadá el dominio inglés; encontraban en esa combinación los confederados, la manera de vengarse de la decepción sufrida en las esperanzas que alentó el gobierno de las Tullerías, el cual, despues de haberles reconocido el carácter de beligerantes, los había abandonado.

Desde que el jefe Cortina se volvió á pronunciar contra el Imperio, se dió en Tamaulipas la señal de una fuerte revolución, que se esforzaba en dominar la contraguerrilla francesa. Dos meses despues, el Estado de Nuevo León sucumbía tambien á los ataques de los republicanos, teniendo que ordenar el Mariscal Bazaine, que se volviese á tomar la ofensiva sobre todos los puntos invadidos y se apoderaran de ellos. Vino en apoyo, de estas resoluciones al concluir el mes de Mayo de 1865, la circunstancia de haber querido pasar al territorio mexicano el general con-

federado Slaughter, que mandaba en Brownsville, con sus veinticinco mil partidarios en calidad de colonos y que Bazaine aconsejó fuesen acogidos.

Los agentes del partido juarista se movían y procuraban crear al Imperio mexicano embarazos y dificultades, desde que cesaron las hostilidades entre el Norte y el Sur de los Estados-Unidos; pero Bazaine aseguró á Maximiliano que nada tenía que temer de los filibusteros que se alistaban para invadir á México, dijo que la moralidad de algunos jefes, entre ellos el general Cortina, no estaba á la altura de la misión que se les había confiado, y se quejó de que las órdenes del general en jefe francés en lo concerniente á que se pusieran en defensa las plazas ocupadas por el ejército mexicano, no eran ejecutadas, á lo cual atribuyó la pérdida de Monterrey; enumeró las órdenes que había dado, detallando los trabajos que desde luego se ejecutarían para reconquistar la ciudad de Monterrey y el Estado de Tamaulipas; buscaba el establecer colonias con los confederados que abandonarían el territorio norteamericano, sin dejar de conocer los inconvenientes y el peligro de semejante medida, que podía irritar la susceptibilidad de los del Norte; pero quería que se crearan aliados norteamericanos. Pidió Bazaine que fuese enviado á Matamoros un comisario imperial provisto de amplios poderes, procurando que tal comisario fuese precisamente civil. El Mariscal indicó á Maximiliano la necesidad urgente de grandes circunscripciones de mando, y le suplicó que no abandonase ninguna precaución; para facilitar las operaciones fué establecido un telégrafo entre México y San Luis y reemplazado el de México á Veracruz.

Todo anunciaba próximos desastres para el Imperio de Maximiliano, al grado de haber exclamado los órganos principales del Imperio en la prensa: *“los días de prueba se acercan”*. Estando en Orizaba Maximiliano, aun quiso salvar el peligro que podría temerse de la actitud de los Estados Unidos, y envió á esa República á su secretario particular Mr. Eloin, con motivo de un viaje que hacía á Europa. Desgranábase ya la administración imperial, y comenzaban á alejarse los individuos que parecían y debían ser los más adictos partidarios de la monarquía. El Sr. Cortés Esparza renunció el ministerio de Gobernación, alegando que no podían ser útiles sus servicios; entonces pensó Maximiliano formar su gabinete con individuos que no hubieran figurado en la política, á los cuales se dió el calificativo de *hombres nuevos*. Cortés Esparza salía á impulsos del disgusto que por él sentía el general en jefe francés.

La supremacía de Bazaine en aquella situación era tan grande, que *“L'Estafette”* llegó á sostener, que en todo lo que exigiera el servicio público habían de ser empleados los franceses. Aun tratándose de asuntos de policía tomaban activo participio. (1)

(1) La noche del 3 de Mayo estalló en México un violento incendio; los zuavos del 3er. regimiento acudieron á sofocar el vasto elemento, y entre los que llegaron á los pisos superiores se contó el coronel Tourre, que llevado por su carácter se había lanzado en pos de los que desafiaron más el peligro, para advertirlos y contenerlos; pero habiéndose hundido el piso cayó en una hoguera y su cuerpo fué encontrado al día siguiente carbonizado. El hecho fué tan admirado, que una multitud siguió al cortejo fúnebre; en el tránsito un individuo se atrevió á vertir algunas frases ofensivas para los franceses, fué arrestado y conducido ante un consejo de guerra que le condenó á cinco años de trabajos forzados; pe-

Al separarse del ministerio el Sr. Cortés Esparza, dejaba ya nombrados jefes políticos á individuos que pertenecían al partido liberal: para Tlaxcala al Sr. Bibiano Beltran; para Guanajuato á D. Juan Ortiz Careaga; para Zacatecas á D. José M. Avila; para Tulancingo á D. Agustín Ricoy. Por su decidida protección á los liberales tuvo el Sr. Esparza de enemigos á los conservadores, más disgustados porque al aceptar Maximiliano la dimisión que del empleo de ministro en Inglaterra ejercía el Sr. Arrangoiz, dió el puesto vacante al marques de Corio, consejero de la Legación en Bruselas y el Haya.

Fué el Sr. J. M. Cortés Esparza uno de los ministros completamente adversos á los franceses, por cuyo motivo trabajó Bazaine con energía y constancia para separarlo del lado de Maximiliano, lo que al fin consiguió, quedando reemplazado ese ministro de Gobernación por D. José M. Esteva, filiado en el partido liberal moderado.

Era la administración pública un caos aun despues que había trascurrido un año de establecido el Imperio; unos prefectos mostraban sus temores, al sustraerse de las responsabilidades y abandonaban el puesto, segun lo hicieron los de San Luis Potosí, Ciudad-Victoria, Saltillo y Matamoros, alegando que temían los acontecimientos que presentían; otros engañaban resueltamente al gobierno, como el de Toluca, que permitía celebrar estrepitosamente el aniversario del 5 de Mayo; el prefecto de Tlaxpam se confabulaba con los republicanos, y en sus propias salas se llegaron á oír vivas á éstos; el de Cuernavaca concurría á conciliábulos revolucionarios, y el de Guanajuato había quedado de amigo y agente el Sr. Doblado, segun los informes que recibió el Mariscal, á quien dijo el general Jeanningros que antiguos oficiales que estuvieron á las órdenes de D. Manuel Doblado, habían sido colocados como comandantes militares en Guanajuato y León, preparándose todos para un levantamiento. Bazaine retiró las tropas francesas de esas ciudades, y avisó á Maximiliano que procedería de igual modo en todas las localidades en que no encontrara concurso leal por parte de las autoridades políticas y administrativas. Consecuencia de ese desorden fué la separación del ministro Sr. Cortés Esparza, sin que su sucesor pudiera encontrar funcionarios ni más enérgicos ni más fieles.

La salida del Sr. Cortés Esparza constituyó el primer cambio ministerial desde que se formó el gabinete del Imperio, del que Esparza era la personificación más notable, siendo el ramo que dirigía el más importante, por lo cual las recriminaciones acentuadas y vivas fueron para él, acogiendo mal casi todas sus disposiciones con las que comprometió la causa imperial más bien que salvarla. Su retirada del ministerio pareció indicar que se adoptaba una nueva política en la administración interior del país. El fundamento de la renuncia de Cortés Esparza se apoyó, en que la experiencia adquirida en cinco meses corridos desde su entrada en el ministerio de Gobernación, le habían inspirado el conocimiento de que no podía prestar á su patria los servicios que se propuso al aceptar tan alto puesto. Creyó que como hombre de honor y de conciencia, debía separarse del Ministerio al llegar á tener tal persuasión. Era

ro al mes y medio Maximiliano lo indultó y nulificó con esta gracia la justicia militar francesa—lo que dió motivo para un nuevo disgusto de Bazaine é hirió la susceptibilidad del ejército francés.

esta la segunda vez que renunciaba. Maximiliano aun quiso considerarlo teniéndolo á su lado y le nombró consejero de Estado.

La noticia publicada en el Diario Oficial, de haber sido aceptada la renuncia que del Ministerio hizo el Sr. Cortés Esparza, causó gran sensación porque no se tenía antecedente alguno acerca de ella, y nadie sabía á qué atribuirle; lo único que se divulgó fué que el Sr. Cortés Esparza avisaba el día 5 de Mayo, que se separaba del puesto y hacía notar que con arreglo al Estatuto, era necesario un decreto especial habilitando al subsecretario para que no se entorpeciera el despacho de los negocios. No se comprendía qué causas habría para la separación de un ministro que, á juzgar por las disposiciones que dictara y los nombramientos de prefectos políticos, parecía en completo acuerdo con el gobierno imperial.

Debía seguir la separación del Sr. Fernando Ramirez, de la Secretaría de Relaciones, tambien porque así lo deseaba el mariscal Bazaine, quien le acusó de que trabajaba en contra de los intereses de la Intervención. Disgustaban mucho al comandante en jefe, y las atribuía á tolerancia de algunos ministros, las manifestaciones hostiles á los franceses, principalmente la celebrada el 5 de Mayo, en cuyo día aparecían en los lugares públicos muchos impresos contra la Intervención francesa y sus adictos, habiendo sido aprehendidas en la capital varias personas acusadas del hecho y de complicidad, algunas de las cuales estaban en la calle que lleva el lema del 5 de Mayo.

Así se enagenó el Emperador constantemente las simpatías de los únicos defensores con que podía contar, pues que siempre en proyecto el ejército mexicano, jamás llegaba á organizarse. Ese estado causaba á Maximiliano tristezas y preocupaciones; tarde comprendió el mal que le hacían los consejos de Mr. Eloin, y sin tener la suficiente energía para romper con él, tuvo que usar del estratagema que empleaba para alejar de su lado á las personas que caían en el desagrado de Bazaine; le dió una importante misión para Europa, y el 20 de Mayo partía Mr. Eloin para Ultramar, aunque siempre conservó sobre el espíritu de Maximiliano poderosa y decisiva influencia.

Poco ántes, el 15 de Abril, se embarcaba el general González Mendoza, con destino á México, encontrándose ya en buenos términos con el Imperio de Maximiliano, al que algunos meses despues sirvió en la prefectura de la capital.

Tambien marchó á Francia con una misión oficial el teniente coronel Schaffer, comandante de la guardia palatina; se dirigió primero á Paris y en seguida fué á Bruselas y á Viena. El aspecto que tomaban los negocios políticos en los Estados Unidos, tenía alarmadísimo á Maximiliano y á su gobierno. Schaffer manifestó asombro por la pintura que de la situación de México trazaban la mayor parte de los periódicos franceses; él aseguró que, con excepción de las provincias septentrionales, nunca había disfrutado México de tranquilidad más completa; prueba de ello era que Maximiliano, á quien había acompañado en su viaje á lo largo de la línea del camino de hierro proyectado entre México y Paso del Macho, solamente para rodearse de cierto aspecto se había hecho acompañar por un centenar de dragones, de los que constantemente se separaba.



*General Luis Mier y Terán.*

Al volver del destierro, después de la ocupación de Puebla por el ejército francés, permaneció el Sr. Terán en el Puerto de Veracruz, en su calidad de prisionero de guerra. Allí promovió, por esfuerzos tan peligrosos cuanto costosos, un levantamiento contra los invasores, hasta que, denunciado el 23 de Julio de 1866 por el intérprete que había necesitado para comunicarse con algunos oficiales norte-americanos, tuvo que abandonar violentamente el puerto, burlando á sus perseguidores que fusilaron á varios de los comprometidos en la conspiración. Unido Terán á los republicanos de la costa de Barlovento, fué nombrado segundo en jefe de aquella línea militar; en seguida concurrió á la toma de Tlacotalpan. En el siguiente año participó en el asalto de Puebla, el 2 de Abril, en la derrota del general imperialista Márquez, y en el sitio de la ciudad de México.